

Prólogo

La novela criminal nos tiene acostumbrados a una variedad de escenarios sórdidos: tugurios infectos en callejones oscuros, lóbregos sótanos a resguardo del ajetreo incesante de las avenidas de la gran metrópolis, naves semiabandonadas en polígonos industriales del extrarradio, o bien desolados e inhóspitos parajes rurales dominados por la niebla y el frío. Pero también nos pasea, a modo de reverso, por los fastuosos salones de las exclusivas villas de la alta burguesía y por sus despachos de diseño ultramoderno en las plantas más elevadas de los más inaccesibles rascacielos. Atmósferas, unas y otras, propicias como telón de fondo para reflejar el derrumbe moral de una sociedad, que de eso trata siempre, al fin y al cabo, la novela negra, y que nos vienen a decir que el mal anida en lo más bajo como en lo más alto.

Sebastià Marí, en esta su primera novela, opta por rehuir todos estos escenarios típicos y tópicos para depositarnos suavemente en un territorio amplio, ameno y de horizontes luminosos: el Mediterráneo. Un mar hecho de agua y de luz tanto como de historia y de cultura, lleno aún de reminiscencias del esplendor de civilizaciones antiguas, de sus mitos, sus lenguas y sus filosofías. Un espacio físico que deviene en mental, originando estados de ánimo inclinados a la sensualidad y al hedonismo, al disfrute vital de los pequeños placeres cotidianos. Esa luz dorada y somnolienta del Mare Nostrum, tan celebrada por los pintores, proyecta sombras azuladas y suaves que, en su frescor, parecen despojar de aristas a los sinsabores de la vida.

Es en este escenario, que Marí conoce bien y en el que se mueve como pez en el agua, y con este trasfondo hedonista y despreocupado, como nuestro autor cocina la intriga de esta novela, en las antípodas del *hard boiled*. Lo que se nos ofrece aquí es un plato de cocción lenta y suave, casi confitada.

Pero, a mi juicio, la gran originalidad de la novela reside, sin duda, en la figura del investigador. También aquí nuestro autor se sitúa lejos de los cánones del género. No encontraremos al sempiterno detective solitario de vida desordenada que carga con el peso de turbias culpas del pasado, ni tampoco a su opuesto, el investigador sagaz, metódico e infalible. No, en esta novela la investigación es coral, y corre a cargo de un variopinto y, en cierto modo, improvisado grupo de amigos y conocidos, cuyo único rasgo en común es haber tratado a Lorena, la mujer cuyo cadáver aparece en el mar en las primeras líneas del libro.

Estamos, pues, ante una novela profundamente original en su acercamiento a los cánones de la literatura criminal. Pero no nos dejemos engañar: incluso bajo esa luz dorada y amable de los puertos mediterráneos, incluso bajo las delicadas sombras azules que proyecta en sus idílicas costas, reptan también la codicia, la corrupción y la maldad.

FRANCESC CAPDEVILA "MAX"

Brafia

En la mañana del lunes, una barca de pesca encontró el cuerpo de una mujer flotando en el mar. La tripulación lo subió a bordo y, pocas horas después de avisar por radio, llegó al puerto de Brafia, donde las autoridades locales se hicieron cargo del cadáver.

El puerto era un lugar acogedor, una de las pocas zonas de la isla que aún conservaban el encanto de la tranquilidad. Ubicado en el este de la isla, a treinta kilómetros de la capital y a 223 millas náuticas del continente.

Max Seal se sentía a gusto viviendo en Brafia. Hacía años que se había instalado en una casa justo al lado del mar, con unas vistas espléndidas y a pocos minutos del centro. Trabajaba desde casa, disfrutaba de pasear en bicicleta por los contornos de la localidad y apreciaba la tertulia en los bares del puerto. Cuando los pescadores le comentaron el hallazgo de la mujer se quedó sorprendido ya que el mar llevaba días en calma y al parecer la fallecida era una navegante experimentada.

A la semana siguiente recibió en su casa la visita de Jean Muró, el padre de Lorena.

—Señor Seal, vengo a solicitar su colaboración —dijo Muró—. Mi hija Lorena es la mujer que hallaron flotando cerca de Brafia.

A pesar de su asombro por la visita, Max le invitó a pasar.

La casa tenía vistas directas al faro del puerto y desde el salón se contemplaba el mar en toda su amplitud.

Max vestía de manera informal y aparentaba menor edad de la que en realidad tenía, cuarenta y siete años. Muró, por su parte, vestía elegantemente y le costaba andar con soltura debido a sus setenta y cuatro años.

—Dígame, señor Muró, ¿por qué cree que puedo ayudarle?

—Necesito la ayuda de alguien como usted para poder averiguar por qué y cómo murió mi hija.

Max no estaba acostumbrado a que alguien como Muró se interesara por sus servicios. En realidad, él no era detective ni había trabajado de policía. Simplemente era un apasionado de la investigación, actividad que compaginaba con la de inventor de palabras, su principal sustento y verdadera vocación.

—Mi actividad como investigador es limitada. Mi único mérito es haber participado como ayudante de la comandancia portuaria en la resolución de algunos casos en los que predominaban los enigmas —Max se refería a un caso en que las palabras utilizadas en un escrito anónimo fueron la clave para descubrir al autor.

—Precisamente por eso —indicó Muró— busco a una persona capaz de averiguar las verdaderas causas de la muerte de Lorena. Tengo entendido que usted posee una gran intuición.

—¿Y qué le hace pensar que existen otros motivos que no sean los oficiales? La policía ha concluido que se trata de una muerte accidental por ahogamiento.

—Pocos días antes de venir a Brafia, Lorena recibió una citación notarial para estar presente en la lectura del testamento de su único tío, que poseía una gran fortuna y La Turquina, una de las grandes fincas de la localidad. Presumiblemente, ella sería la principal beneficiaria de la herencia.

Max siguió escuchando atentamente mientras por su cabeza pasaba la imagen del cadáver que apareció en los medios locales. Se trataba de una mujer de treinta y nueve

años conocida por sus vínculos familiares y sus frecuentes estancias en Brafia. Recordó que había coincidido con ella en algún bar del puerto.

—Bien, déjeme hacer algunas averiguaciones antes de decidir si acepto su oferta. Aunque dudo que pueda serle útil.

—Señor Seal, quiero que sepa que por suerte mi familia dispone de recursos económicos para compensar adecuadamente su trabajo. Permaneceré una temporada en la casa que tenemos cerca del faro, por favor, póngase en contacto conmigo.

—Le llamaré cuando haya tomado una decisión —dijo Max despidiendo a Muró.

* * *

Hacía tiempo que Max vivía solo y se había acostumbrado a ello. Su anterior relación sentimental había terminado hacía años y no vislumbraba nada serio por el momento.

El día amaneció claro, con una suave brisa marina que le alegró el ánimo. Era finales de mayo, pretemporada turística de verano, y no tenía ningún encargo de creación de palabras. La crisis económica amenazaba gravemente la actividad de su sector y el de otros muchos que vivían del turismo en la isla. En los últimos años, la mayoría de visitantes eran extranjeros, sobre todo franceses y alemanes. Los del país no podían permitirse el lujo de viajar en vacaciones. El puerto de Brafia recibía pocos visitantes en comparación con el sur de la isla, la zona más turística y urbanizada.

“Bueno, Lorena —pensó en voz baja—, vamos a investigar qué te pasó en realidad”.

* * *

Max llamó por teléfono a Berd, su amigo de la comandancia portuaria, y quedaron para almorzar en el Harris a la una. Cuando Berd llegó al restaurante, Max ya estaba

sentado en una mesa en la terraza tomando una copa de vino y fumando un cigarrillo.

—¿Supongo que se trata de una invitación interesada, no? —dijo Berd saludando cariñosamente a Max.

—Se trata de Lorena Muró. Estoy pensando en aceptar colaborar con su familia para esclarecer los hechos. Pero antes pidamos la comida.

El Harris era uno de esos restaurantes cuyo encanto residía en su terraza junto al mar y en la inspiración culinaria del día, que no destacaba por su constancia.

—Hoy hemos tenido suerte —dijo Berd al ver los platos de calamares en su tinta que les servía un camarero—. Bueno, Max, ¿en qué puedo ayudarte?

—Según tengo entendido el caso de Lorena está prácticamente cerrado, pero su familia cree que puede haber motivos para que su muerte no fuera un accidente.

—Los acompañantes y amigos de Lorena declararon que poco después de cenar ella se empeñó en darse un baño de noche. El barco no estaba fondeado, sino que navegaba tranquilamente con el génova. Lorena insistió y soltaron un cabo por popa para que pudiera deslizarse sobre la superficie, como todos hacían de vez en cuando. Pasados quince minutos, cuando su amigo Marc iba a pedirle que saliera del agua, vio el cabo suelto. Jan viró el barco rápidamente, bajó las velas y empezó la búsqueda a motor; estuvieron más de una hora buscándola sin hallar rastro, hasta que decidieron dar la alarma de persona al agua por radio a la unidad de salvamento marítimo.

—¿Conocías a Cris Muró? —preguntó Max.

—Claro, ¿y quién no conocía a Cris Muró?, el millonario dueño de La Turquina.

—Lorena era su sobrina y parece ser que se encontraba en Brafia para asistir a la lectura del testamento de su tío.

—¿Crees que eso puede tener algo que ver con el accidente? —preguntó Berd.

—No lo sé. Simplemente estoy evaluando la oferta de su padre, que sospecha que la muerte de Lorena no fue accidental. Hazme un favor, averigua en vuestros archivos todo lo que puedas sobre Cris Muró y sus negocios.

Después de comer, a Max se le ordenaron las ideas y decidió llamar a Muró.

—Soy Max Seal. Me gustaría verle mañana a las once en su casa del faro para hablar sobre Lorena.

* * *

Al día siguiente, antes de ir a casa de Muró, Max había quedado con su amiga Vivian. Sabía que ella y Lorena habían compartido muchos momentos de niñas cuando ella se encontraba en Brafia.

Mientras iba al encuentro de Vivian, Max recordaba los buenos momentos que compartía con ella, con quien mantenía una relación esporádica, limitada, ya que él mismo se negaba a ir más allá. En realidad, aún estaba herido emocionalmente y prefería no atarse a nadie.

La casa de Vivian estaba construida siguiendo los parámetros de la arquitectura tradicional, de piedra y con los interiores totalmente reformados. Ella era una mujer muy atractiva, con un cuerpo cuyos contornos recordaban a los de las actrices italianas de los años setenta.

—Entra y ponte cómodo —dijo Vivian desde la habitación contigua.

Al cabo de unos minutos apareció recién duchada, con el pelo mojado y un vestido ajustado que realzaba su figura. Besó suavemente a Max y comprobó que su amigo se sonrojaba y la miraba fijamente.

—Lo que más me gusta de ti es que a pesar de tu experiencia con las mujeres todavía te sonrojas cuando me tienes tan cerca.

Max no supo cómo reaccionar cuando ella se sentó sobre él y empezó a besarle y a desabrochar poco a poco su camisa. “Demasiado tarde”, pensó, y se dejó llevar por

las caricias y los labios de Vivian mientras acariciaba sus pechos.

—¡Caramba, Max! Deberías venir más a menudo por casa —dijo Vivian mientras se incorporaba y se ajustaba el vestido.

—En realidad he venido para hablar de Lorena Muró —dijo Max—, pero no ha estado nada mal este recibimiento tan afectuoso.

—¿Qué quieres que te cuente de Lorena? Ya sabes que fuimos muy amigas de niñas, pero con el tiempo nos distanciamos y apenas coincidíamos cuando venía a Brafia.

—¿Te contó alguna vez si tenía problemas con alguien o con su familia?

—Ella estaba muy interesada en conocer la verdadera historia de la familia, los motivos por los que sus padres se fueron a vivir a Francia y de dónde salía la fortuna de su tío. Pero poco más te puedo decir, simplemente que la última vez que la vi parecía algo angustiada.

* * *

Media hora más tarde, Max estaba sentado frente a Muró en la terraza de su mansión. Desde aquella ubicación privilegiada se contemplaba el mar abierto y los relieves de la costa, que muy a pesar de algunos promotores urbanísticos seguía casi intacta.

—Me alegro de que haya decidido colaborar —dijo Muró con satisfacción.

—Espero poder ser útil, me gustaría conocer los motivos que le inducen a sospechar sobre la muerte de su hija. Muró parecía muy entero a pesar de haber perdido en poco tiempo a su hija y a su hermano. Sin más preámbulos, le entregó un sobre a Max, quien lo abrió para sacar una nota en la que se leía la palabra “PHARE”.

—Este sobre llegó a nuestra casa de París a nombre de Lorena una semana antes de su muerte. ¿Entiende ahora por qué me interesa su colaboración?

Max observó con sorpresa aquella palabra. A pesar de su amplia experiencia como inventor de palabras, no conseguía asociarla con ninguna otra que conocía.

—Tendré que estudiarla detenidamente —dijo Max, levantándose para irse.

—Un momento —añadió Muro—. Todavía no hemos hablado de sus honorarios.

—No sabría decirle una cantidad de dinero. Pero hace tiempo que sueño con un pequeño velero de segunda mano para poder navegar tranquilamente por el Mediterráneo.

—Esperemos que resuelva el enigma y pueda encontrar un amarre libre en Brafia —dijo Muró como despedida.

* * *

Mientras examinaba la palabra “PHARE”, Max recordó cómo le había costado inventar algunas marcas para sus clientes. Le gustaban los encargos sobre temas que apreciaba como la gastronomía, las novelas o el mar, pero por desgracia el mercado se movía por otros terrenos.

Aunque era autodidacta, su intuición y creatividad le habían convertido en un referente para las marcas comerciales, que pagaban generosamente sus creaciones. La fama le llegó al crear el nombre “Tingram” para una empresa textil del oeste del continente, la marca de moda asequible para todos los públicos que, años después, se había convertido en una de las cadenas de ropa más importantes del mundo.

Con una sonrisa, recordó la repercusión que había tenido el nombre de “Pélala” para publicitar una importante compañía de frutas exóticas de Singapur que quería exportar a Estados Unidos; la polémica se produjo cuando comenzó la exportación a países de habla hispana, y fue justamente el doble sentido lo que aumentó la popularidad de la marca.

El teléfono interrumpió sus pensamientos. Era Berd.

—Tengo que verte urgentemente cerca de la oficina.

La comandancia portuaria de Brafia estaba repleta de fotografías de acciones de salvamento marítimo. La unidad

de salvamento era muy apreciada y respetada por la gente de mar. Cuando Max llegó a la oficina portuaria, Berd se encontraba leyendo atentamente unos documentos, y al verle le hizo una señal para que salieran afuera.

—Vamos a tomar un café —le dijo Berd—. No quiero que lo que te voy a decir levante suspicacias en la oficina. —Berd era agente portuario desde hacía años y procuraba mantener la discreción en su entorno.

—¿Y bien? —preguntó Max.

—Después de hablar contigo sobre Lorena revisé el expediente y vi que en la relación de pertenencias de la víctima figuraba una pulsera con la inscripción “PHARE”.

—Vaya —dijo Max—, demasiada coincidencia. —Y relató a Berd su entrevista con Muró.

—Ve con cuidado, Max. Si la muerte de Lorena Muró no fue un accidente puede que a alguien no le guste que estés colaborando con la familia.

—Gracias Berd, seguro que puedo contar contigo para hacerme de niñera.

—No te rías, las cosas se pueden complicar.

—Iré con cuidado. Llámame cuando tengas alguna información relevante sobre Cris Muró.

* * *

Era viernes, lo que significaba que por la noche los bares de Brafia estarían animados. Le apetecía ir a cenar con los amigos y tomar unas copas en el Sabina, el bar más popular de Brafia, el sitio perfecto para encontrar a alguien con quien hacer tertulia o degustar los pocos pero apreciados platos de la casa.

Llegó tarde a la cita con Jan y Mina, que estaban hablando animadamente en una mesa de la terraza.

—Vaya, por fin llega el inventor de palabras —dijo Jan.

Max besó a Mina en las mejillas y puso su brazo sobre los hombros de Jan, como gesto afectuoso y de disculpas.

—Hoy hay caracoles de roca —dijo Mina con entusiasmo.

—Perfecto —respondieron Jan y Max con cierto retintín.

—A ver, Mina —dijo Jan—, ¿cuándo vas a presentarnos a tu nueva amiga alemana?

—No creo que sea una buena idea. La última vez que os presenté a una amiga terminasteis cantando y bebiendo en la barra del West y nos dejasteis solas sentadas en la terraza.

—Tienes razón. Pero debes reconocer que teníamos una buena excusa, porque tu amiga se pasó toda la cena explicando cómo dejó de fumar y describiendo con todo lujo de detalles los innumerables efectos nocivos del tabaco en nuestro organismo.

La noche transcurrió divertida, repasando los cotilleos locales y los devaneos amorosos de su amiga Vivian.

* * *

Mientras, aquel mismo día, en otra isla del Mediterráneo, dos hombres de avanzada edad hablaban sobre una cuestión que les inquietaba profundamente.

—Sea lo que sea, la muerte de Lorena ha sido una desgracia —dijo Ricard.

—Por lo que sabemos estaba a punto de descubrirlo todo y alguien podría estar interesado en hacerla desaparecer. Pero, ¿se trata de alguien cercano a nosotros? —se preguntó Pierre.

—Hasta ahora nadie ha quebrantado nunca el principio de lealtad, como acordamos hace casi cincuenta años. Jean Muró ha contratado a un investigador poco usual, un inventor de palabras de Brafia —añadió.

—Dejemos a Muró de momento y concentrémonos en Max Seal. Hagamos que se mantenga ocupado con una oferta que no pueda rechazar mientras averiguamos la verdad sobre la muerte de Lorena. Su tío, nuestro socio fallecido recientemente, nos lo agradecería.

Director de la colecció: Sebastià Bennasar

Con la col·laboració de



G CONSELLERIA
O FONS EUROPEUS,
I UNIVERSITAT I CULTURA
B
/



institut d'estudis
balearics

© del texto: Sebastià Marí Crespi, 2021

© del prólogo: Francesc Capdevila Gisbert, 2021

© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2021

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Primera edició: abril de 2021

ISBN: 978-84-9743-933-6

DL: L 36-2021

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.